

Antología de Z Gomez



Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

Sueños ausentes

¿Dónde?

Éstige

Luna Nueva

Cinco mil pasos hacia ti

Errores de la fe

Antahkarana

Fragmentos de un mundo imaginario.

Eli

Sueños ausentes

Sueños ausentes

(Letanía en negro celeste)

Sueños ausentes
perturban mi calma;
torturan el alma
en noches sin luna.
Es más de la una.
No puedo dormir.

Sueños ausentes
atizan el fuego;
me acuesto, mas luego
pecados me invaden.
Conciencias evaden.
No puedo dormir.

Sueños ausentes
mi mente se inquieta;
imagen argenta
se pierde en el tiempo.
Aullándole al viento.
No puedo dormir.

Sueños ausentes
me hacen desearla;
querer abrazarla
hoy es imposible.
Mirada invisible.
No puedo dormir.

Sueños ausentes
de noche los llamo;
ignoran mi clamo
velando en el frío.
Un cuerpo no mío.
No puedo dormir.

Sueños ausentes
mañana otra cita;
la eterna visita
al que nada merece.
Ya casi amanece.
No puedo dormir.

Z. Gómez

¿Dónde?

¿Dónde?

Solía guardarlo en el bolsillo izquierdo
de mi camisa azul a cuadros;
compartíamos silencios matizados
por cuatro grillos que hacían la orquesta
en las tertulias de mi templo.

En las noches de tormenta
lo tomaba con mi mano y,
cuando la gota resbalaba
por el cristal de mi ventana,
su aliento me daba el arrullo
que desvanecía el agua.

Nunca me exigió muros de lámina de oro,
ni torres vigilantes de cúpulas toscanas;
tampoco hubo necesidad de intermediarios
hechos de barro,
o de tiaras bordadas con la fé.

Yo en cambio, nunca le pedí que se mostrara:
me era suficiente con sentirlo en el costado,
palpitando en frenesí.

De todos sus ángeles,
fui el último que cayó;
pero aún en medio de los otros,
siempre supe que seguía conmigo...
hasta el día en que ya no.

De las cosas que me pidas, todas te daré
-me dijo.
Menos una -deduje yo.
El suplicio de Tántalo fue mi castigo,
al desear tres veces
los pétalos de una flor.

Y así,
un día no quise más buscar
en el bolsillo izquierdo
y lo vacié de las plegarias taciturnas.
Fue un suicidio espiritual de los de a poco;
y a poco, terminé con mi existir.

Hoy es tarde.
No lo encuentro ya.

He viajado constelaciones de hielo
y océanos de arena;
he gritado su nombre entre rocas de montaña
que sólo pronuncian mi voz envuelta
de lamentos contestados por el aire.
Y he sentido las brasas debajo de mis pies,
anuncio inequívoco de la entrada
al reino de la soledad.

A lo lejos oigo ya el crujir de dientes...
y no me queda más que aceptar.

Y es que yo...
yo tenía un dios.
¿Dónde está mi dios?
¿Has visto tú a mi dios?

Z. Gómez

(Imágen: Pazzia. Folie. Madness. Locura. Supuesta obra de Maurice Utrillo, como vista en "Modigliani, Il Colore dell'anima")

Éstige

Éstige

y me pregunto si te importará saber
cuando mi cuerpo se haya vuelto carne
flotando sobre el río de residuos
que arrastran tiempo;
si me regalarás una perla
a cambio del solsticio que te he erigido
treinta veces.

Porque para cuando la luz nos vea
quizás mi sombra ya se haya diluído;
quizás no quede más que un trozo de banqueta
recordando unos ojos encima,
ahogados en pretextos,
yendo aquí, allá.

Y abrirás tus manos;
extenderás los brazos
con toda la incertidumbre
que transpira el aire,
envolviéndote, angustiándote, asfixiándote,
como lo hizo conmigo
la arena del reloj.

¿Y estaré?
Aún cuando no quiera, aún cuando ya no,
¿estaré?

Sólo un bonche de flores hablará por mí
después de que el frío me alcance;
con sus pétalos mostrarán el rumbo
hacia donde habré hecho polvo mi existencia,
ahí donde tú no podrás tocarme
ahí donde tu miel no podrá de nuevo
suplir mis ansias,
donde ni un orgasmo existe
si no por la mano de mi dios.

Hoy tu displicencia me hará libre:
apenas un óbolo me cuestan mis deudas.
Voy a ese sitio donde la esperanza viste
casulla negra.

Tal vez deba convertirme en árbol
que soporta arpías,

pero eso es eternamente preferible,
a cien años más en tu laguna.

Voy hacia él...

-¡Salve, oh, gran Erebo!
al fin que no me queda más.

Z. Gómez

Luna Nueva

Luna Nueva

Tú no sabes, quizá, el efecto
provocado ante la ausencia
de tus ojos en mi patio;
pero hoy,
al regresar y buscar tu aroma
-como siempre-
en las hojas caídas de los árboles,
me he sentido como un perro
al que se le ha muerto el amo,
y mi olfato se ha perdido con el viento
que se va licuado entre esas hojas.

Tú no conoces, no, de humedades
dejadas por la lluvia sobre el pasto,
ni te importa que la esencia que me daba
tu mirada
hoy ha sido arrasada por el agua
-toda, toda, la arrasó... la arrasó-

Encierro mis ansias en el cuarto
donde antes siempre me buscabas;
sentado frente al sol del mediodía,
intento dibujarte a contraluz
sobre el vano de la puerta
mientras tu sonrisa vaticina
aquella petición de todas las mañanas.

Y entonces me vuelvo un lobo diurno
aullando inútilmente
las letras hermosas de tu nombre;
las tomo suavemente entre mis manos
y con ellas trémulo construyo
El Altar del Cielo.

Me refugio en el placebo provocado
a la memoria de tus pies descalzos;
y de aquella reverencia que te hice
al cubrirlos con amor ante tu dios.

Mi última plegaria es frente al ancla
que el hada de la cruz me regaló.
Pero que ahora sólo me hunde más
en esta maldita oscuridad
convertida en ácido sobre mis huesos.

**¿Algún día te darás cuenta
de toda la tierra que sacaste de mi tumba?**

**Y es que aquí el cenit ya fue flechado
desde hace horas...
y nunca me atreví a hacerte
la mágica pregunta:**

**Dime, niña, si para alumbrar mis noches
alguna vez querrás tú acaso
ser mi luna...**

Z. Gómez

Cinco mil pasos hacia ti

Cinco mil pasos hacia ti

Reviso mi pecho,
el lado izquierdo de mi pecho,
y descubro olvidados tus pasos
caminados conmigo,
mientras hacías equilibrio
por la orilla de aquel boulevard.

Y entonces se vuelven nuestros,
nuestros pasos,
guardados en el cristal del tiempo
que se resiste a su pulso.

Dibujó tu rostro en el aire...
y me enamoro del aire.

Reviso mi pecho,
el lado derecho de mi pecho,
y encuentro tu beso
resbalando como gota en paraguas
que esconde dos cuerpos
de los faros indiscretos de los coches.

Recuerdo tu cuerpo en mis brazos,
y acaricio el espacio,
dando a la brisa nocturna
el valor de tu aliento...

Y duermo.
Entonces duermo.

Z. Gómez.

Errores de la fe

Errores de la fe

Marcaste mi rostro una noche
con las siete velas de Tu candelabro;
Te bastó sonar un cuerno y, como bicho que vuela,
mi alma se enamoró de Tu palabra,
que era luz.

Por ese instante renuncié a mi emblema:
tiré mi cruz
y levanté Tu estrella,
al tiempo que Tu lengua preciosa invadía mi mente
y seducía mi opinión.

Me ordenaste entonces que cerrara mi libro
y dejara abierto el Tuyo
mientras me dabas Tu aliento
en esta nueva forma
en que Te acercabas a mi ser.

Y confié...

Pero he aquí que hoy encuentro a tus hijos
haciendo nada de lo que dijiste ayer;
profanando, mancillando, ultrajando
un suelo débil, un suelo estrecho,
hecho tan sólo de arena de desierto
y mar.

He aquí que hoy los veo
empapados de lágrimas ajenas,
ebrios de escarlata,
por las calles que sólo muestran oquedad.

Hoy corro buscándote entre muros derruidos...
laberintos que secuestran la inocencia
de los niños bañados en metralla
y sus madres, sus hermanas,
reistiéndose a ser vaciadas
de su esperanza y voluntad.

¿Y es que es hoy cuando me dices
que de acuerdo a tus premisas
no es igual matar que asesinar?

¿Cómo has podido embaucarme así?

Mira lo que han hecho a sus hermanos...
¿Pero en dónde está hoy tu pueblo?

¡En dónde están tus hijos, Elohim! Qo

Antahkarana

Antahkarana

(Letanía en plata astral)

...quiero postrar un olivo
en lechos de otoño,
y robar sus pulseras
con manos de sal,
para después atacarlo
con rodillas, caderas,
y arrancar de su tronco
las siete flores sagradas
que le dan el saber.

Quiero tener sed
para beber de su savia,
y encontrar en sus hojas
dos lagos de luz
lloviendo sus rayos
hacia el cielo de piedra.

Quiero olvidarme después
en la cueva de Helios,
deslizar sus paredes
para encenderme una antorcha
que me guíe en penumbras...

Quiero cruzar por su río de aceite
recogiendo lamentos,
mientras me quemo
al encontrar la salida
que se une a mi ombligo
con un hilo de plata.

Quiero pronunciar tres veces seis
la palabra bendita;
y no arrepentirme de nuevo
por haber destejido la trenza
de mi espina dorsal.

Quiero ocultarme en aquel mundo,
-estremecer sus entrañas-
exhalar mi serpiente
promulgando una nova completa
mientras descendo y regreso
a mi vaso de piel.

Z. Gómez

Fragmentos de un mundo imaginario.

Fragmentos de un mundo imaginario.

(Monodialogo en ecos grises)

...sabrás

-tal vez-

que aún te recuerdo;
que en mis nostalgias sin olvido
estás.

Recuerdo mi niñez precoz

-casi pubertad-

que compartí contigo.
En la que tu espacio lo hice mi tiempo
y mi espacio...
fue mío, tan sólo.
-tan solo-

Cuántas veces encerré tu imagen.

Cuántas veces capturé tus formas.

Para después poseerte

-sin miedo-

en la penumbra de mi reino.

Cuatro guardias alrededor mío.

Centinelas que no miraban, no escuchaban,
no sentían, no percibían.

-Pero sabían-

Testigos eran....

Ahí, sólo ahí,

-con las ventanas cerradas y las cortinas corridas-

te contemplaba sin reservas,
acariciando tu rostro,
besando tus labios
que nunca conocí...

-pero los imaginaba-;

y aún así, moría en ellos
después de haber profanado tu templo
y derramado tu cáliz
al beber su licor....

¡Ah!

-¡Ah!-

Cuántas veces fuiste cómplice mía
sin siquiera sospecharlo

?eso era lo más emocionante-

Y sin embargo....

¡Mi reino

-¡Mi reino!-

por abrir las ventanas de mi castillo
y ver que de verdad estabas tú en él...!

Pero nuestros mundos siempre fueron paralelos;

-pues mientras lo tuyo era un juego-

el mío era

-una fantástica realidad....-

(¡Cállate ya!

-¡Cállate ya!-)

Z. Gómez.

"Esto ocurrió en el reinado de la mente,
en el mundo de La Legión desconocida...."

Eli

Eli

No tuve agua,
no conocí el agua.

Mi vida transcurrió entre zarzas
y ortigas;
mi lecho fue de espinas
y sal.

Pero hoy no importa;
hoy no vale preguntarse
cómo darte algo que jamás tuve.

Transformaré mi arena de desierto,
y por siempre,
hija,
por siempre te daré de beber.